

INFORME

EXCMO. SR. MARQUES DE LA VEGA DE ARMIJO

EN LA SESIÓN DEL 19 DE ENERO DE 1903, ACERCA DE UN ARTÍCULO DE M. E. RENÉ PINON PUBLICADO EN LA *Revue des Deux Mondes*, CON EL TÍTULO *Marruecos y las potencias europeas*.

La *Revista de Arribos Mandos* del 15 de Febrero de 1902 publica un artículo de Rene Pinon, que titula «Marruecos y las potencias europeas».

Comienza haciendo ver el anacronismo de que esté á las puertas de las naciones civilizadas esa potencia medio salvaje, en donde entra menos la civilización que en la China.

La mayor parte de los países sometidos á la ley del Corán han sufrido modificaciones. Constantinopla, residencia del Jefe de los creyentes, es una ciudad cosmopolita con caminos de hierro, periódicos, y hasta llegó á tener un Parlamento y está poblada la mitad de cristianos. El Egipto se hace cada día más europeo. La Persia se organiza como un Estado civilizado. La Argelia y Túnez están dominados por los franceses. Marruecos está en esas condiciones porque no tiene contacto con los cristianos, apenas soportados por los verdaderos creyentes, pues hasta los judíos en su inferioridad sufren el desprecio de los musulmanes.

Evitar todo contacto con la civilización moderna y un

respeto absoluto á las tradiciones de otros tiempos, tal ha sido la tendencia constante; y si se invocase el ejemplo de Constantinopla, la contestación sería que el Sultán de Stambul no es Cherif y no es como los descendientes auténticos de Alí y Fatima que reinaban en Marruecos.

A los Cherifs de Fez y de Marruecos es á quien corresponde mantener su integridad y la pureza de los ritos musulmanes y observar á la letra la ley del Corán.

El Sultán descendiente de Mahoma posee la autoridad canónica; pero la influencia mística pertenece sobre todo á los Cherifs de las cofradías ó santos locales. Este poder de las órdenes religiosas demuestra la vitalidad del Islam marroquí. La mayor parte de esas grandes cofradías, que reclutan sus adeptos desde el Tuat hasta el Senegal y el Sudan, tienen en Marruecos su centro en que afluyen las limosnas y de donde parten las órdenes, que son obedecidas ciegamente hasta las extremidades del Sahara. Los Tidjaniya y los Kadriya son los que en el siglo XIX han conquistado tantos pueblos africanos. La famosa cofradía de Muley-Taleb, que extiende sus ramificaciones hasta los departamentos argelinos, y sus jefes, los Cherifs de Uazan, son más venerados en las salvajes provincias del Rif que el propio Sultán. Los santones constituyen verdadera legión; son pobres de espíritu ó locos y mendicantes, charlatanes ó alucinados que disfrutaban de la veneración y las limosnas de la multitud. Son respetados, escuchados y alimentados, y cuando mueren, sus tumbas vienen á constituir un asilo y su nombre una protección; pero ni su nombradía ni la eficacia de sus intercesiones traspasan generalmente los límites de su tribu.

Esa misma actividad religiosa en donde pululan las cofradías, como la popularidad de los *santones*, es el indicio y la consecuencia de esa pasión por la autonomía de su tribu,

es el sello característico de las poblaciones bereberes. Es su carácter salvaje, más aún que la intolerancia de su fe, lo que cierra á Marruecos á los extranjeros.

Y no es porque respeten la religión y sus preceptos, que bien saben beber el vino que recogen y olvidar las abluciones, llevando su audacia hasta poner en ridículo la liturgia. Ocupados en guerra y pillaje, con devociones supersticiosas, las tribus bereberes, sobre todo los del Rif y de Chebala, viven aislados de los otros, gobernados por su *chaman* y más dóciles á los consejos del Marabut que sometidos á la obediencia del Sultán.

Las grandes cofradías y los cultos locales responden suficientemente á las necesidades religiosas, ó más bien supersticiosas, pero ni elevan su inteligencia ni su moral. Pasaron los tiempos en que las grandes Mezquitas de Fez, Muley-Edris y Karauin rivalizaban con Córdoba y atraían á todo el mundo musulmán. Incomunicados con el resto del Islam, privados del flujo renovador de las ideas y las ciencias de Oriente, aislados voluntariamente de todo contacto con la civilización cristiana, las universidades marroquíes no se ocupan más que de saber y aprender de memoria el libro del Profeta y los escritos de sus comentadores más autorizados, como Sidi-el-Bujhari.

Como consecuencia de esto, el Marruecos de hoy, impenetrable á toda infiltración de las ideas y las influencias exteriores, al mismo tiempo que es una ciudadela y un centro de propaganda del Islamismo, es en el mismo Islamismo una anomalía y un anacronismo, como es una anomalía y un anacronismo en el Mediterráneo, que ha sido la cuna y que es la base más activa de nuestras civilizaciones cristianas.

La idea de un Estado, tal como lo comprendemos nosotros, es completamente desconocida en Moghreb-el-Akasa.

La comunidad religiosa es el único punto de unión de los diversos grupos que constituyen lo que nosotros hemos dado en llamar Marruecos y á su jefe Emperador.

Dicen que es un imperio que se derrumba, pero más que un imperio decadente es un imperio que tiende á salir de la forma feudal y teocrática para ser un Estado moderno. Pero esta evolución está más lejos de su término, y la historia entera del Moghreb está ahí para demostrar que no se acabará jamás. Si es verdad que desde los romanos todos los dueños del país han usado de su fuerza contra el particularismo de los bereberes, es evidente que ni los romanos, ni los vándalos ni los bizantinos sometieron jamás ni á los montañeses del Rif ni del Atlas. Los bereberes aceptaron el Cristianismo, pero su espíritu de independencia se manifestó por la facilidad del triunfo de las herejías.

Así abrazaron el arrianismo, y más tarde, cuando después de una larga resistencia aceptaron el islamismo, cayeron en las sectas como consecuencia de su pasión autonomista.

El suelo del Moghreb favorece estas tendencias al aislamiento con sus montañas y las fortalezas naturales, entre las cuales las tribus del Rif ni comprenden ni hablan el árabe, y aun los que han aceptado el lenguaje del conquistador siguen con una independencia completa; y si respetan al Sultán como heredero del Profeta, eso no constituye un lazo político sólido. Las poblaciones de la llanura y los habitantes de las ciudades que obedecen á sus caids y pagan los impuestos constituyen «el país de administración»; los otros, que no los pagan sino cuando viene un ejército devastando el país á cobrar, se llaman «el país del robo». Es verdad que los que son avasallados por la fuerza, se sublevan después en cuanto encuentran el medio de sacudir el yugo.

Administran, pues, su país como una hacienda en que el

caid fuera el administrador cuyo sueldo no se fijase, y que son arruinados al venir á la capital, siendo á su vez, para los administradores, una calamidad, basta el punto que, en la llanura, ya no se cultivan más tierras que las que producen el grano para alimentarse, puesto que dicen que para qué trabajar para el caid ó los soldados.

El Sultán recorre una parte ú otra de su territorio, ó envía su ejército; las tropas viven sobre el país y recogen los ganados, cargando de cadenas á los habitantes, y el botín viene á aumentar el tesoro del Emperador; y respecto á los prisioneros, están metidos en horribles prisiones, en donde perecen lentamente de fiebre, de miseria ó de hambre, mientras que para procurarles algún alimento sus mujeres van á rondar el sitio en que están encerrados, dando su cuerpo á todo el que se presenta.

A este agregado anárquico de tribus, dice el autor, llaman los diplomáticos un estado y un país unido; y se exigen, después de una irrupción sobre las tribus argelinas, indemnizaciones á lo que no es más que un montón de ruinas.

La repetición de sucesos que les era imposible evitar, y de que les hacían responsables, les dieron la idea de que puesto que eran responsables y pagaban, reinaban, y así es como su escasa autoridad ha aumentado.

Así Muley-el-Hassán, en su vida agitada, en campaña, siempre en lucha con la resistencia berberisca, instaló sus caids en el rico Valle de Sus y trató de dominar el Tuat en esta última expedición en que, después de muerto el Sultán, lo mantuvieron cadáver, medio descompuesto, en su caballo, y así el enérgico Buhamed proclamó á su hijo Muley-Abdelaziz, continuando la política vigilante del Sultán difunto.

La muerte del Gran Visir dejó sin guía al Emperador actual, muy joven, más afanoso de sus placeres que de los ne-

gocios y visto con desconfianza por los antiguos servidores de su padre, por las diversiones poco conformes con las costumbres marroquíes, como la bicicleta, el cinematógrafo, el automóvil y los fuegos de artificio. El joven Emperador marcó su predilección por un beréber, que había venido en rehenes, Buhamed El-Menebi y por un aventurero inglés llamado Mac-Lean, que es el organizador de los placeres del Sultán. Estos son los dos personajes que han estado encargados en Julio de 1901 de una Embajada en Londres y en Hamburgo; pero sea que El-Menebi no haya desempeñado bien su misión, sea que sus adversarios se haj^an aprovechado para desacreditarlo, su vuelta fué seguida de una casi desgracia. Los consejeros experimentados de Muley-el-Hasán, el Gran Visir Si-Feddoul G-arnit y Si-Abdelkrim-ben-sliman, el gallardo viejo, que en París y San Petersburgo fueron de Embajadores el verano pasado, pudieron un momento restablecer su autoridad preponderante, conduciendo bien las negociaciones y allanando las dificultades con Francia y España. Pero las últimas noticias hacen creer que el antiguo favorito, apoyado por el «caid» Mac-Lean y por la venida de una Embajada solemne de la Gran Bretaña, ha reconquistado todo el favor de su amo, y es el que dirige el viaje á Rabat y Fez, la Ciudad Santa, en donde aún no ha estado el Sultán, y cuya acogida es la consagración de su autoridad robustecida. .

Así, á pesar de todos los obstáculos, el Gobierno marroquí se va fortificando, y gracias á los soldados del cherif, armados de fusiles modernos, imprudentemente vendidos por el comercio europeo, se impondrán á las kabilas bereberes, y desde hace más de un año un millar de soldados circula, sin encontrar resistencia, á través del Rif, aterrorizando á las tribus y cobrando los impuestos.

Pero no se debe exagerar el resultado ni el alcance de las reformas, pues no alteran su constitución orgánica. Es del estado social y religioso de los que depende su organización política. Siempre se encontrará la resistencia de la vieja raza beréber; y si se quisiera hacer reformas, podría llegarse á una de esas revoluciones que se llevan hasta la dinastía, sólo por la influencia ó la inspiración de una potencia extranjera que le diera al Sultán los medios de vencer esa resistencia; pero ese, como dice muy bien el autor, no sería ya Marruecos, porque la impulsión directiva vendría de fuera y sería el protectorado.

Hecho por un Sultán reformador el llamamiento de un elemento exterior, podría realizarse; pero si no, las reformas sólo vendrían muy despacio; y ese país inexplorado en un continente ya entregado en parte á la civilización, que es objeto de grandes aspiraciones, no dejará lugar á una evolución espontánea.

En esta época de constante concurrencia, vivir como un anacronismo de su tiempo es imposible, sin el peligro de una dominación extranjera. El ejemplo de Marruecos lo prueba: estando entre el Atlántico y el Mediterráneo, en una de las posiciones más ventajosas del mundo; suponiéndose en él tantas riquezas en su suelo y subsuelo, que permanezca más cerrado que la China es imposible. A medida que nuestra civilización aumenta en la vía del progreso material, y cuando invenciones nuevas hacen más fácil y más rápidas las comunicaciones, es cabalmente cuando el Moghreb se aísla. En otros tiempos traficaban hasta el Oriente, y sus piratas iban hasta las costas de Italia; lo que, después de todo, es una manera de tener relaciones con otros países. No hay más flota marroquí que los tres barcos que bailan en la bahía de Tánger; sin puertos, sin un faro, más que el internacional

del cabo Espartel; sin poder desembarcar las mercancías y no permitiendo hacerlo en Agadir, que es el mejor muelle de toda la costa del Atlántico. Rehusan que los ferrocarriles se construyan en su territorio; los caminos son veredas ó pistas, lo que hace imposible el comercio de granos y el transporte de minerales; y por si las prohibiciones no bastaran á dificultarlo, aun se niegan á todo lo que sea mejora. Los tres reinos de Fez, Marruecos y Sus, que es lo que se puede llamar el imperio de Marruecos, tienen cada cual su vida comercial, y las incomodidades y la inseguridad es tal, que se ha visto muchas veces carecer uno de todo mientras que los otros estaban en la abundancia. Las distancias entre lo que se llama las dos capitales del imperio son más difíciles de comunicar que con cualquiera de las poblaciones de la Argelia, puesto que el mismo Sultán tiene que ir con un ejército de Fez á Marruecos.

Marruecos, á las puertas de España y de la Argelia, es uno de los países más desconocidos y en que es más peligroso penetrar. Un cristiano que fue* reconocido en el Rif, estaba seguro de no volver á ver su patria; y aunque los tratados autorizan á los extranjeros la libre circulación por el Imperio, el Emperador no tiene fuerza para hacer que se cumplan; y con este motivo cita lo sucedido con M. Forret, que fué al Rif con una misión de la Sociedad de Geografía comercial de París, y no'ha vuelto aparecer. El Vizconde de Foucauld no ha podido realizar sus admirables exploraciones, aun disfrazado de judío marroquí y sufriendo todas las vejaciones de esa raza en Marruecos; á otros muchos ha sucedido lo mismo; sólo á fuerza de privaciones y peligros han podido arrancar á Marruecos los secretos que tan celosamente oculta.

Aunque el comercio es libre teóricamente, no hay medio

de hacerlo sino por la intervención de los judíos, que, á la sombra de algún magnate musulmán, son los hombres de confianza.

Las naciones tienen, desde el Tratado de Madrid (1880), protegidos que son subditos del Sultán; pero la apatía de los indígenas es tal, que el comercio está casi reducido á la nulidad en un país que la naturaleza ha creado el más fértil de toda el Africa.

Perfectamente regado, por las lluvias que arrarican del Océano las altas montañas; regado en la parte más seca por las aguas que vienen del Atlas, Marruecos es, por su clima y por su situación, más favorecido que la Argelia y Túnez. Al Este, el río Muluya; al pie de las montañas, el oasis de Tafílete y del Ued Draa, que participa de las condiciones del Sahara; pero al Oeste, á lo largo del Océano, se extiende desde Tánger hasta el Atlas una banda de 50 á 100 kilómetros de anchura de tierras negras que podría ser una rica comarca de cereales, si los colonos metieran su arado á la sombra de un Gobierno regular que asegurase la paz, exigiendo modestos impuestos. Entre esta llanura costera y las montañas está la estepa herbácea, capaz de alimentar manadas de ganado vacuno y caballo y ser transformada también para el riego. En las vertientes de las montañas y en los valles abundan los olivos y las viñas, y los árboles frutales crecen casi sin cultivo. Más al Sur, entre los valles comprendidos entre el Atlas y el Sur, está ocupada por los pastores y sus ganados. Si á esto se agrega que el estudio geológico y las muestras recogidas por los viajeros permiten creer que el subsuelo encierra minas de carbón y de diferentes metales, se admiraría todo el mundo que esos productos naturales queden sin explotar; y se recordará sin sorpresa que, según Diodoro, los fenicios habían fundado en la costa africana, más allá de

las columnas de Hércules, trescientos establecimientos de que sacaban toda clase de riqueza, y que en tiempo de los romanos ciudades florecientes, como Volubilis, prosperaban en las llanuras del Oeste.

La naturaleza no lia cambiado, pero la influencia del Islamismo se extendió por todo el país y cerró todas las puertas á la vida; eso, juntamente con el bandolerismo, la anarquía, los impuestos exorbitantes y las exacciones de los caids, condenan ese suelo fecundo á la esterilidad.

El Moghreb sombrío está estrechamente condenado á su aislamiento, á fin de que sea el último país, como dice Loti, en que los hombres hacen sus rezos, en que el dinero no lo sea todo, y en que se permita á los vagabundos y á los tumanantes circular libremente sin miedo á la Guardia civil, alimentados en las mezquitas y acogidos como el huésped enviado por Alá.

Pero es un hecho que la civilización es por vocación y por necesidad conquistadora, y que la ley económica la obliga á buscar sin cesar salida en tierras vírgenes. Es imposible que en medio del torrente de la expansión europea que bate sus costas y que lo rodea por todas sus partes, el Moghreb pueda permanecer como un islote arcaico. Cuando hasta los confines del mundo los pueblos civilizados van á llevar los superabundantes productos de su industria, parece imposible que pueda subsistir á las puertas del Mediterráneo un Marruecos en que no penetren ni nuestras ideas, ni nuestros viajeros, ni nuestras mercancías.

No agitar los problemas que aún duermen, es sin duda una máxima que la Europa, mezclada en Oriente y en el extremo Oriente en interminables complicaciones, aplica voluntariamente; pero dejar de mirar de frente las dificultades que surgen y esperar á que se envenenen, es meterse por

gusto en situaciones insolubles y prepararse á peligrosas sorpresas. No hay que hacerse ilusiones — dice el autor—; la cuestión marroquí está planteada; el hecho mismo del aislamiento de Marruecos en el Africa ya repartida; los sucesos del Tuat, y sobre todo el ruido que ha hecho la prensa europea; el negocio Pouzet y las embajadas marroquíes á Londres y Hamburgo, á París y á San Petersburgo; los últimos disgustos con España; las embajadas británicas y francesas en camino, han suscitado poco á poco la cuestión de Occidente en el número de las preocupaciones actuales de la opinión y de los gobiernos.

La solución que el año último ciertos periódicos extranjeros fingían creer inminente, podrá estar lo mismo lejana que inmediata; pero los intereses aparecen claramente, y ha llegado el momento de estudiarlos. Para el honor y la paz de la Europa sería nefasto que se convirtiese en una de esas cuestiones eternas, en derredor de las cuales pierde su tiempo la diplomacia de las grandes naciones. Todas las potencias, ó casi todas, tienen interés en preocuparse de la cuestión de Marruecos, ya sean las que con ella confinan, como Francia y España, ya las que con ella hacen el comercio, como la Inglaterra y Alemania, ó sean las que surcan sus costas. Y he aquí anunciados los tres aspectos de la cuestión marroquí.

Si la opinión pública, en la mayor parte de los grandes países, se manifiesta inquieta desde que cualquier incidente se suscita en Marruecos; si los representantes de las potencias en Tánger se vigilan mutuamente, con cierta zozobra, es porque el paso más frecuentado del mundo es el Estrecho de Gibraltar, y marroquí una de sus costas. El Chebel-Musa, que domina más de 850 metros la parte más estrecha del Canal, está en territorio marroquí. Así se ve que todas las

naciones comerciales y que tendrían un interés en que se abriese el imperio de los Cherifs al comercio universal, se oponen con energía á que ninguna de ellas asuma la responsabilidad de administrarlas, establecer la seguridad y crear puertos y caminos de hierro; todas temen que la que domine Marruecos no se vea tentada en caso de guerra á impedir la navegación en el Estrecho.

Como se ve, la cuestión del Estrecho está íntimamente ligada con la de Marruecos. Ninguna potencia con flota é intereses en el mar, ni los Estados Unidos, ni el Japón, ni Francia ni Italia, pueden admitir que la Gran Bretaña, colocada en Gibraltar, ocupe las costas de Marruecos que confinan con el Estrecho, ni siquiera un punto de esa costa, con la cual poseería la parte inferior de la boca formidable cuya principal mandíbula es Gibraltar.

Y tampoco es seguro que la Gran Bretaña permitiera que una gran potencia marítima tomase posesión enfrente de Gibraltar, y que Tánger, de donde saca la guarnición su subsistencia, perteneciese á una nación rival, porque eso sería tanto como abdicar esa realeza que pretende ejercer en los mares.

Pero la cuestión marroquí y la del Estrecho, si se juntan se desbordan mutuamente; simple la una y la otra, mirándolas separadamente se complican en cuanto se confunden. Son problemas de diferente naturaleza que aunque tienen un gran contacto, pueden hasta cierto punto separarse. La cuestión del Estrecho interesa la política internacional, y no tendría otra solución que una inteligencia entre todas las naciones marítimas para garantizar la libertad de la navegación. Pero sería necesario que las naciones interesadas se pusieran de acuerdo para asegurar la neutralidad de algunos puntos de las costas escarpadas enfrente de Chebel-Tarik

y de Tarifa, una de las columnas de Hércules, para calmar las ansiedades de la Inglaterra y las aprensiones de las naciones marítimas; la cuestión marroquí se apartaría desde luego de todo aquello que la hace aparecer peligrosa para la paz del mundo, y aparecería, á juicio del autor, como es, muy sencilla. La Francia, que es la vecina más inmediata de Marruecos y que parte con ella la dominación de los países berberiscos; España, que está enfrente de las montañas rifeñas, que posee Ceuta y *los presidios*, tienen, bajo el punto de vista de los países cristianos, una situación especial y grandes intereses políticos que no admiten comparación con los económicos de otros países. Unos, separados de Marruecos por su situación geográfica, no tienen sino relaciones comerciales; sería, por consiguiente, para ellos ventajoso que entrase Marruecos en la vía de los progresos materiales y que se abriese como un país consumidor y productor, y, por consiguiente, parecía natural que vieran con gusto la intervención europea, con la sola condición que durante cierto tiempo los derechos de aduanas no se aumentasen.

Inglaterra, Francia y Alemania tienen, entre las naciones, que hacen comercio con Marruecos, el primer lugar. Inglaterra, á pesar de la guerra que le hace Alemania, ha hecho un comercio en 1899 de 20 millones y medio de francos; vende telas de algodón, algodón en rama, velas, té y paños, y les compra cuanto necesita para la alimentación de Gibraltar; pero mientras que los cambios con Inglaterra permanecen estacionarios, Alemania consigue quitarle una parte del comercio marroquí. El grande esfuerzo hecho por Alemania coincide con el desenvolvimiento de la industria en este país, y con ese motivo, y para estudiar las necesidades y preparar su trabajo, Theobald Fischer, geógrafo bien conocido

de la Universidad de Marbourg, ha hecho, bajo la iniciativa de las Sociedades geográficas de Berlín y de Hamburgo, dos viajes por la costa de Oeste. Los barcos alemanes llevan paños y papel y exportan lanas, aceites, pieles y cera, y hacían ya en 1899 un comercio de 7 millones de francos, con gran aumento sobre los años precedentes. Las casas alemanas han enviado agentes á todos los puertos de la costa, que han sabido plegarse á los gustos y necesidades de los indígenas, llevando sus artículos de mediana calidad, pero baratos, quitando así á las viejas casas inglesas y francesas la mayor parte de su clientela. Este resultado sugiere quizás aspiraciones más ambiciosas, y de ahí la idea de un puerto en la costa del Atlántico y de ocupar las llanuras de *Vorland*, que se acercan al Océano y que podrían transformarse en un país de cultura y de colonización. Esto sería, según las insinuaciones de los alemanes—dice el autor,—un caso de reparto de Marruecos; pero la parte de Alemania sería la del león, porque España no tendría más que el extremo Norte con Tánger y el Estrecho, Francia debería contentarse con el Valle del Muluya y los oasis (Sahariennes). Estas tendencias, que se manifiestan en las revistas alemanas y en la prensa, y la actividad de la diplomacia alemana en Tánger, revelan una corriente de opinión que se agranda en el Imperio y que dice el autor debe demostrar que si Francia y España no se preocupan de ello, no les faltarán concurrentes que se les adelanten en Fez y Marruecos. Pero, como afirma el autor, no se debe exagerar esas tendencias, pues poco ó nada ganarían los comerciantes alemanes con tener en el Imperio una parte de terreno que les costaría muy caro, cuando les basta con que el mercado de Marruecos se abra al comercio.

Si á Inglaterra, Alemania y Francia se agrega Bélgica,

que por el azúcar hace una concurrencia peligrosa para los intereses franceses, y aun por sus paños á los alemanes é ingleses, no se encuentra más que España y Portugal que no venden casi nada á Marruecos, pero que les compran una gran cantidad de productos alimenticios; los Estados Unidos les toman las pieles de cabras, Egipto les compra babuchas, Italia, que saca pieles y cera; lo que sacan los demás países es insignificante.

Así para todas las potencias, si se exceptúa Francia y España, la cuestión marroquí, desde que se la aísla del problema del Estrecho, que puede y debe separarse, se resuelve como una cuestión comercial y de puerta abierta.

Entre Marruecos y la península Ibérica la naturaleza ha creado afinidades. Las montañas del Rif y Sierra Nevada son hijas, dice el autor, del mismo círculo de montañas que se han roto por el Estrecho de Gibraltar, que no es una frontera geográfica, es el mismo clima, la misma vegetación y los mismos paisajes los que se ven en las dos costas. En vez de aislar dos civilizaciones como hoy, han obedecido á los mismos dueños y aceptado la misma fe. Por mucho tiempo antes de levantar al cielo la Cruz cristiana victoriosa, la Giralda de Sevilla, hermana de la Kotubia de Marruecos, ha proclamado como su hermana gemela que no había más que un Dios, de quien Mahoma era el Profeta. La cruzada española continuó largo tiempo después que Boabdil llorase sobre las ruinas de Granada, hasta que el último moro hubiera desaparecido de las Alpujarras. Pero lo mismo de un lado que del otro, el recuerdo de esas grandes luchas heroicas ha dejado un intenso rencor entre ambas partes, y el contacto en que están por los presidios no ha hecho más que revivir y envenenar este recíproco disgusto.

Cuando los Reyes Católicos acabaron de unificar á Espa-

ña, hubo un momento de indecisión á juicio del autor. La cruzada nacional debía continuar al otro lado del Estrecho, si no hubiera sido porque, separándose España de su política tradicional, la llevan á la lucha sin fin en los Países Bajos, en Alemania y en Italia. El mundo pudo creer por un momento que Carlos V y Felipe II serían capaces de justificar una dominación universal por esa lucha á todo trance contra los enemigos de la Cristiandad; pero ante tan dura prueba las energías de España se gastaron, y la guerra con Marruecos no fué más que un episodio secundario y pasajero de su historia, y poco á poco se llegó á las humillaciones de Carlos II, enviando un grande de España á Mequínez para que el Cherif no inquietara á los galeones cargados de oro que venían de América. Cada vez que pensaba en seguir lo que el autor llama la cruzada, volvían los sucesos de Europa á distraer á España de su propósito. Siempre guardó Ceuta y los presidios, que podían servir de base para hacer la guerra al Islamismo. Los hombres que tuvieron el sentimiento de la tradición nacional, como Donoso Cortés, O'Donnell y Prim, trataron de orientar á España en esa dirección. O'Donnell en 1859 realizó un momento la reconciliación de todos los partidos bajo este sentimiento patriótico cuando condujo la grande expedición que se apoderó de Tetuán, produciendo una explosión de sentimiento nacional que demuestra la popularidad de la guerra contra el enemigo hereditario.

Después de la guerra de las colonias — dice el autor —, hombres de Estado y geógrafos han tratado de levantar esa idea queriendo unir la España de Alfonso XIII á los grandes recuerdos de Alfonso el Santo y de Isabel. En conferencias y folletos, no ciertamente como en tiempo de las Cruzadas, sino con el carácter de protectorado, invocando la afi-

nidad de las razas, á pesar de la diferencia de civilización y de creencias. En una palabra: un gran Estado musulmán, á quien se llevaba al progreso y á la verdadera civilización, dirigido por España.

Desgraciadamente estas nobles aspiraciones, si hacen honor al patriotismo de los que las han concebido, no tienen quizás en cuenta el estado político y financiero de la Península y de sus intereses en Marruecos. Mas como reconocen ellos mismos que España no está preparada para jugar un papel preponderante, confían más en el porvenir; pretenden que continúe el *statu quo*, pero no reflexionan que de seguir así Marruecos independiente y cerrado, á toda influencia de fuera,, traerían á España, si oyese sus temores y siguiera sus consejos, crueles decepciones.

La opinión en España teme las ingerencias de los franceses en Marruecos, y sin embargo Francia se ha mostrado siempre respetuosa con las gloriosas tradiciones de su vecina, ha compadecido sus desgracias y aprecia sus esfuerzos para volver á su camino histórico; no desconoce ni lo que reclaman los intereses ni lo que exige el honor de una nación generosa y orgullosa de su pasado. Una inteligencia con España ha sido siempre la base de una solución equitativa de la «cuestión marroquí». Pero sobre todo en estos tiempos de inexorable concurrencia, las tradiciones más nobles y las más generosas ambiciones son de escaso peso frente á los intereses y al número de acorazados. Los españoles dan gran importancia á *sus presidios* como base para la conquista futura. Singular base que no ha servido más que de espera desde los tiempos de Isabel y de Carlos V, y que desde entonces ni ha aumentado su influencia ni ha demostrado su valor sirviendo de base para lanzarse á la conquista, ni para desarrollar su comercio. Basta recorrerlos

para ver el estado de abandono en que se les ha dejado. Ceuta, en una posición magnífica, y que podía ser otro Gibraltar, no es, á juicio del autor, más que una mediana fortaleza; por el lado de Marruecos su exiguo territorio está cerrado por las montañas y no es el punto de partida de ninguna vía natural de penetración hacia el interior. En 1859 el ejército de O'Donnell tuvo grandes dificultades para salir¹. El Peñón de la Gomera y Alucemas son penitenciarías situadas sobre rocas estériles, enfrente de la costa rifeña; les llevan todo de España, hasta el agua dulce. Con las tribus vecinas no cambian más que tiros; los indígenas odian de tal manera á los españoles, que rehusan venderles los víveres y los españoles tienen que cuidar de que no se acerquen. Melilla es más importante; por allí hacen los judíos gran contrabando, y los rífenos van á aprovisionarse de pólvora, de armas y de municiones, que se llevan á toda la parte oriental y hasta los oasis del Sur. Pero intimidados por la numerosa guarnición que hace sus ejercicios entre las murallas de la vieja ciudad y la línea de torres que defienden los aproches, los indígenas impiden á todo europeo salir de los dominios del *presidio*, y desgraciado el español que se permitiera salir del límite de las torres. Al menor incidente acuden á las armas, como en 1893, en que gracias á sus fusiles los españoles los tuvieron á raya, aunque perdiendo á su jefe el General Margallo.

Las islas Chafarinas tienen un buen muelle y ocupan una situación estratégica ventajosa; pero los españoles no han hecho de ellas más que una penitenciaría. En cuanto á Santa Cruz de Mar Pequeña, sobre la costa del Atlántico, que por

1 Padece una equivocación, pues nunca se pensó en que fuera Ceuta punto de partida.

el Tratado de 1860 se cedió á España, han acabado por percibirse que el nombre se daba á un banco de arena para pescar; una Comisión mixta identificó el punto designado por el tratado de Ifni, que no responde en nada á la descripción, y sobre el cual hasta ahora los españoles no tienen más que unos derechos teóricos¹. «He aquí —dice Rene Pinon—, y era necesario hacerlo constar así, la situación de los españoles en la costa de Marruecos, encaramados desde hace siglos en algunos islotes, y casi en alguna otra isla del litoral, que no les ha servido ni para agrandar sus posesiones ni para hacer respetar su territorio; no habiendo sacado de esta larga dominación más que el odio de las tribus vecinas, la posesión precaria de algunas vacas, que no les confiere más derechos sobre el país que los que tienen las golondrinas sobre la propiedad del edificio en que hacen sus nidos.»

Grande ha sido nuestro abandono, en efecto; pero no se compadece este párrafo, que he copiado tal como lo escribe el autor, con la manera con que habla de España en todo el artículo.

No son menos insignificantes las enseñanzas que resultan del cambio mercantil entre España y Marruecos.

La vecina más cercana es la sola que le compra más que le vende.

Pensar que España, enfrente de la realidad de su estado político y económico, había de cargar con la responsabilidad sola de proteger y organizar á Marruecos, es una locura. La unidad de razas que algunos quieren sostener, aun suponiéndola real, sería un obstáculo más que una ayuda porque no

¹ Esto no es exacto, ni se ha probado que fuera un banco de arena, sino una pesquería, pero que no pudo marcarse con exactitud y se volvió sobre ello para ver de conseguir el cambio sobre un punto en la Costa del Mediterráneo, cerca del río Muluya.

hay peores adversarios que los hermanos cuando son enemigos. El recuerdo de las victorias de O'Donnell en 1859 se ha olvidado, y no queda más que el odio de los vencidos, sobre todo en Tetuán. En semejantes condiciones, lo que sería soportable de parte de Francia, por ejemplo, como potencia africana—sigue diciendo el autor—, acostumbrada á gobernar mulsumanes, respetando la religión, sería difícil para España, aun cuando se aplicase á ello con lealtad. Siete siglos de historia, y la implacable elocuencia de los muertos, se levantarían ante semejante tentativa.

La parte del Norte de Marruecos es hoy el único sitio en que España podría encontrar una expansión natural; el sentimiento popular de la Península se levantaría si esta posibilidad de un porvenir conforme á sus tradiciones se le arrebatase. Francia debería tener en cuenta, si los sucesos la llamaran á intervenir en Marruecos, susceptibilidades tan legítimas. Podría ver sin celos que España ocupase las costas septentrionales del Moghreb, hasta Melilla, con la sola garantía de que el Gobierno de Madrid se comprometiese á no ceder jamás sus posesiones africanas á ninguna otra potencia y á respetar la libertad del Estrecho.

En un artículo que ha publicado recientemente, y que ha tenido toda la importancia de un suceso político, el Jefe del partido conservador Sr. Silvela, ha dado á sus conciudadanos los consejos más sabios, á que su experiencia agrega una importancia extraordinaria. En él reconoce que la cuestión marroquí está en vísperas de suscitarse, que España no podría asumir por largo tiempo una cuestión tan vasta como el protectorado y la dominación de Marruecos por entero, señalando á Francia como el aliado natural de España. Resuelto adversario del *Statu quo*, imposible de prolongar. «Comprendiendo, por otra parte, que la situación actual de

Marruecos, cerrado al comercio, á la civilización y á todo aumento de población, como á la explotación de sus minas, al consumo y cambio de sus productos, no es un beneficio ni una riqueza, sino una razón de pobreza, de esterilidad y estancamiento para España», busca para su país el que no sea excluido del reparto eventual y encuentra la solución en una inteligencia con Francia, en que España encontrará el apoyo más seguro, no para la guerra, sino para un reparto equitativo y razonable.

«Los españoles—dice—meditarán las sabias palabras del eminente hombre de Estado y se acordarán de 1859 y 1860, cuando John Russell detuvo brutalmente en el camino de Tánger la vanguardia de las tropas españolas que más tarde se apoderaron de Tetuán, y arrancó á O'Donnell el fruto de sus victorias; España obtuvo, por el contrario, de Francia un leal apoyo. Así como en todas partes—dice el autor,—Inglaterra escogió la ocasión siempre repetida, pero eficaz, de lastimar el amor propio español señalándole á Francia dispuesta á conquistar Marruecos; su propósito es indisponer los dos vecinos para atraer á España á la alianza británica, implantada por la fuerza en esos parajes cuya presencia en la roca de Gibraltar ha cambiado las condiciones naturales de la política y en donde no puede sostener su situación preponderante sino incitando á España y Francia la una contra la otra. Es de esperar—dice—que una vasta ambición y un orgullo desmesurado no evitarán que los españoles desoigan los avisos patrióticos del Sr. Silvela; España y Francia son las solas que tienen intereses territoriales en Marruecos; por ello, con una amigable inteligencia sin lastimarse y sin lucha, es como la cuestión de Occidente podrá resolverse.

Entre la Francia de Argel y Marruecos no existe ni fron-

tera natural ni uno de esos contrastes de clima ó de relieve que á veces inolinan por vías divergentes los destinos de dos pueblos vecinos. La cadena de montañas paralelas á la costa, tienen pasos naturales de uno á otro país. Marruecos, más cerca del Atlántico dominado por montañas elevadas y con el agua que facilita el riego de sus fértiles llanuras, y de sus estepas; pero no hay diferencias naturales de una á otra parte. La Argelia Tuneciana es una prolongación de Marruecos. Los países berberiscos, geográficamente hablando, son un todo indivisible y lo han sido otras veces políticamente. Los romanos, cuando dominaron á los cartagineses, no tenían la ambición de dominar toda el Africa del Norte; pero la fuerza de las cosas los llevó paso á paso á ese resultado. Vinieron, como ellos, por el Este, los árabes; absorbieron todo el Moghreb y lo convirtieron al Islamismo, y varias veces las dinastías musulmanas los reunieron por entero bajo su autoridad.

Cuando Carlos X hizo ocupar á Argel, nadie en Francia sospechaba hasta dónde nos llevaría en su día esta conquista. Ayer hasta Cartago y el Tuat, y un día quizás hasta el Océano. La frontera actual entre Marruecos y la Argelia es enteramente convencional; no sigue ni el límite histórico del Muluya; en el Sur no hay ninguna frontera. Semejantes límites no pueden ser más que provisionales. El solo hecho de un Marruecos en que la autoridad del Sultán no es obedecida más que en algunas partes ó por intermitencias, y en que se agitan libremente las cofradías religiosas, es un peligro para la política Argelina y un obstáculo á los esfuerzos de los franceses, dice Rene Pinon. Nuestros disidentes tienen la seguridad de encontrar en el Moghreb un asilo seguro y excitaciones á la sublevación. Vienen constantemente traídos por los marabús imposibles de vigilar.

El fanatismo musulmán de nuestros indígenas—sigue diciendo el autor—encuentra un auxilio y una excitación en las masas, en constante fermentación religiosa, de las tribus marroquíes. Nuestra influencia desaparece á medida que trabajamos. A pesar del deseo sincero de que vivamos en paz y en buena inteligencia con el imperio de Marruecos, vendrá un día en que estemos obligados á intervenir, ya sea para consolidar la autoridad del Sultán, ó para reemplazarlo. No habremos cumplido nuestro deber en los países berberiscos, hasta que hayamos llegado al Atlántico y llevado á la costa del Octavo nuestro camino de hierro del Norte de Africa, como en otro tiempo Okba-Cennafé, el conquistador árabe del Moghreb, no creyó terminada su misión hasta empujar con su caballo las olas del Atlántico.

Se extiende después el autor en consideraciones, en que se propone demostrar que Francia se ha preocupado ciertamente de las cosas de Marruecos, y que constantemente ha sostenido la causa de la Cristiandad.

Cuando sucumbieron las flotas de España y Francia ante las costas marroquíes—dice,—el prestigio de Francia sufrió una gran deficiencia, hasta que la dinastía borbónica, antes de desaparecer con la toma de Argel, abrió á Francia un gran porvenir.

La toma de Argel, y más tarde la batalla de Isly, juntamente con el bombardeo de Tánger y de Mogador, dieron fin á la leyenda berberisca, librando á las naciones europeas del vergonzoso tributo que, bajo diversas formas, venía pagando al Sultán de los piratas, acabando en 1854 con los últimos piratas del Rif.

Convencido—sigue diciendo—desde 1844 del poder de las armas francesas, el Sultán de Marruecos ha vivido siempre en paz con Francia, si bien acusa á sus gobiernos de haber

tenido una política poco favorable á la buena inteligencia de los dos pueblos, ya por las autoridades de Argel, como por la política seguida en Marruecos, suscitando cuestiones de escasa importancia, sobre todo desde la Conferencia de Madrid para reorganizar la *protección*, en que no hicieron más que acabar con la posición privilegiada que tenían como potencia musulmana.

El articulista se olvida que por aquella conferencia consiguió el plenipotenciario francés hacer de la Convención firmada después de la batalla de Isly un Tratado internacional que permite á la Francia, en caso de revuelta en sus fronteras, perseguir á los causantes dentro del mismo territorio marroquí, á la sombra de la cual han ido aumentando su influencia hasta el Tuat.

Explica después, que dio gran fuerza á Francia la declaración de protegido hecha por Ortega su representante al Cherif de Uazan, uno de los más altos personajes religiosos del Moghreb, que ha seguido sosteniendo á sus herederos y que ha proporcionado una gran influencia con sus subditos mulsumanes, que vienen en la época de la recolección á prestar gran auxilio á los colonos de Argel y que tienen buen cuidado al volver á sus hogares de decir que el jornal es más elevado y está al abrigo de la rapacidad de los caids y que la religión es respetada y libremente practicada en Argel. Hasta el punto que los beneficios hechos por los franceses en Túnez son conocidos por los caids y hasta por las personas que rodean al Sultán, que gobernamos sin suplantár á los funcionarios indígenas y que sabemos recompensar y castigar con imparcialidad. La suerte del Bey de Túnez, por último, la cree preferible, porque goza de todos los honores, sin tener que ir corriendo de un extremo á otro, con peligro de la vida, para sostener su trono.

Confiesa, sin embargo, que sería exagerado decir que la Francia es querida en Marruecos; pero asegura que son los menos detestados los franceses, basta el punto, dice, que el año pasado, después del combate de Timimun, corrió la voz que el ejército francés iba á aparecer sobre las crestas del Atlas y que esperaban la venida con más curiosidad que temor, y algunas personas del Magzen se informaron discretamente de las intenciones de los franceses, sabiendo que, si eran buenos servidores, se les mantendría en sus puestos.

Así—continúa—, después de tantos errores era buena la inteligencia en el pasado estío y la influencia va en progreso.

El rápido y buen resultado de la negociación de Pouzet y la aparición en Tánger de la escuadra francesa, han demostrado que una política de energía y franqueza resuelve fácilmente todas las dificultades. La Embajada de Si-Abdel Krimbensliman en Francia y en Rusia, han marcado una fecha en la historia de la política francesa en Marruecos. Los sucesos que la han precedido y seguido han demostrado que Francia estaba dispuesta á que ninguna otra nación tuviera más influencia que ella, y que no desea más que vivir con ellos como buenos vecinos, pero que sepan que Francia es decididamente en el Africa del Norte la potencia preponderante.

Después extiéndese en consideraciones económicas que faciliten la buena inteligencia entre los dos países á la sombra de lo cual viven en Argel 400.000 franceses y que da á la Francia para con Marruecos una situación sin competidores, que es como podrá llegarse pacíficamente á ejercer una influencia tal que obligue á Marruecos á entrar en nuevas vías y que equivaldrá en último resultado á un protectorado.

La Francia—repite—no quiere precipitar los aconteci-

mientos y está dispuesta á respetar todos los derechos legítimos.

Ignora si la transformación de Marruecos se operará lentamente como consecuencia de una presión exterior continua ó si una crisis violenta obligará á la Europa á intervenir. Pero es necesario que se pruebe por una política activa que Francia domina y continuará á todo trance dominando en el Africa del Norte, en donde no hay lugar para muchas de las grandes potencias, y afirma que consideraría como un acto «contrario á la amistad» el que cualquiera potencia pusiese mano sobre Marruecos. No se trataría entonces de una limitación mortificante de su expansión en el Norte del Africa, sino del mantenimiento de su dominación en Argelia y Túnez; sería tanto como hacer de nuestro imperio berberisco, que nos ha costado—dice el autor—tanta sangre y tanto oro, en que nuestra raza se desenvuelve con gran facilidad y en que tenemos tantas esperanzas, la mayor contrariedad si hubiéramos de encontrarnos en contacto en toda la extensión de la provincia de Oran, con rivales europeos hechos dueños de la parte más fértil y más rica del Moghreb.

Las ventajas de nuestra política han suscitado envidias y estimulado concurrentes hábiles que, aprovechándose de intrigas de Corte, hacen que Inglaterra procure arrastrar al Sultán en la vía de las reformas, y sobre todo de los gastos, convirtiéndolo en acreedor de la Gran Bretaña, perdiendo de hecho su independencia. Ya en estos momentos una misión inglesa, compuesta de personajes de importancia y viajando con un aparato fuera de costumbre, está en Rabat, cerca del Cherif, y se habla de ventajas aduaneras y comerciales y de concesiones de ferrocarriles, que desean obtener. Desde hace algunos meses los soldados del ejército regular manobran en Tánger bajo los auspicios de sargentos ingle-

ses; la misión francesa va quedando reducida cada día á su papel de enseñar á los artilleros. Este es el peligro actual; no cree el autor que dejen los ingleses de respetar en este momento sobre todo, el *statu quo* marroquí; pero si se les deja tomar libremente hipotecas sobre el Mogrehb, si el Gobierno francés y la Embajada que el *Carlomagno* acaba de llevar á Rabat no deshace esa política, la cuestión marroquí, á pesar de las apariencias, no seguirá como hasta el día, y—termina diciendo—habremos perdido la partida.

A pesar de eso, el autor no cree que un peligro semejante amenaza la influencia francesa y dice: «Si el reparto del Africa no está completamente acabado, las grandes líneas que lo demarcan están ya irrevocablemente trazadas y parece admitido que el Africa del Norte es el dominio reservado á la expansión francesa; *el peculio* de Francia, como decía hace poco una revista inglesa, *El Spectator*, en Mayo de 1900, en un artículo muy curioso en que sugería la inteligencia entre Inglaterra, Francia y España para una solución de la «cuestión marroquí». El autor de este interesante trabajo aconsejaba á sus compatriotas que no pidiesen por su parte ningún territorio; pero que exigieran la neutralización de las costas del Estrecho, cuya guardia sería confiada á España. Tánger se convertiría en puerto franco, y durante veinte años, por lo menos, las tarifas de Aduanas en vigor no se aumentarían. Hemos visto—sigue diciendo—que el Sr. Silvela aconseja á su país una inteligencia con Francia, única capaz de garantizarle que, llegado el reparto de Marruecos, ño sería excluida. El acuerdo de esas dos voces, salidas una de España, la otra de Inglaterra, es significativo y prueba, por confesión de sus rivales, que la Francia-Argelina, con su experiencia, ya larga, de gobernar países musulmanes, con su valeroso ejército africano, está únicamente

en condiciones de ejercer, el día en que, de una manera ó de otra, la «cuestión marroquí» exija una pronta solución, en Fez y en Marruecos una influencia pacífica bastante fuerte para establecer el orden en el Imperio, dando seguridad al comercio, y, á la sombra de la paz, sacar del sueño letárgico del Islam la perla del Moghreb.

Cuando murió Buhamed, el poderoso Ministro de Muley-el-Hassán y de Muley-Abdelaziz, el espléndido palacio que hizo construir en Marruecos, y en el que había reunido maravillas del arte antiguo y moderno, se cerró para siempre. Así lo quiere la costumbre—dice.—Cuando muere un príncipe ó algún alto personaje, los jardines que amaba, los tapices en que se reposaba, los adornos con que tuvo el gusto de embellecer su vivienda, todo se cierra y queda condenado á caer lentamente hasta el polvo. Loti ha dicho en páginas sublimes—recuerda el autor—la melancolía profunda de esos esplendores, para siempre enterrados en ese sudario de blanca cal. Marruecos, es de todos los países musulmanes, en donde se conservan esos palacios maravillosos, que la voluntad de los hombres ha dejado mudos y desiertos para que los cubra el Islam bajo un sudario de inercia moral, de fatalismo y de depravación de las más brillantes civilizaciones. Para encontrar su traza es necesario que se levante el duelo mortuorio que los cubre. Hoy el Almuédano, desde lo alto de su minarete, hace sonar su grito gutural sobre la Meca; Babilonia, sobre Menfis; yCártago, sobre SamarcandayJerusalón, como sobre Santa Sofía y Alejandría. El Islam—dice el autor—es un peligro de que se tiene una idea muy clara al oír esas melopeyas que tanta impresión causan cuando á la hora del Moghreb repercuten sobre las ciudades envueltas en el crepúsculo y parecen volar sobre las azoteas para unirse, por los campos indefinidos, á otras voces que echan á los cuatro

vientos la misma oración. En nuestros tiempos, muchas de las conquistas de las Cruzadas se escapan y renacen á una vida más libre y más fecunda. Marruecos no podrá evitar un destino semejante; el extranjero que teme, y de que se separa con todo su poder, acabará por penetrar por todas partes y forzará la puerta de la antigua ciudadela del Islamismo africano é inaugurará por aquella tierra tan bella, en que duermen tantas riquezas y recuerdos, una era nueva en que el trabajo traerá la prosperidad. Rene Pinon termina su interesante trabajo diciendo: «Que Francia debe ser la obrera de esa próxima transfiguración, como lo han predicho algunos profetas berberiscos, es lo que Alá ha escrito en el libro del destino.»